

bárbaro derroche que se hacía de la hacienda del Estado, las escandalosas proporciones que habían alcanzado las malversaciones y los fraudes, la falta absoluta de vigilancia y de responsabilidad. Aplausos y felicitaciones le llegaron de todas partes; á pesar de lo cual, la izquierda se mantuvo en sus trece, insistiendo en pedir la percepción inmediata del empréstito forzoso, el curso forzoso del papel-moneda y la venta de todos los bienes nacionales. «Los espartanos, dijo Dubois-Crancé, lograron en otro tiempo mantener durante siglos su moneda de hierro en el comercio: ¿por qué la República francesa no ha de poder mantener su moneda de papel nacional?»

De los tres grandes proyectos del flamante ministro de Hacienda, Ramel habían fracasado dos: la fundación del Banco nacional y el alza de los asignados. A principios de Febrero fracasó también el tercero y que parecía más seguro: la supresión de los repartos de comestibles á los habitantes de París. Esta supresión había arrancado lastimeras quejas á los acreedores y empleados del Estado, que vieron entrarseles por las puertas el feo espectro del hambre. El ciudadano que había colocado en renta cien mil francos, obligado quizás por las leyes del Terror, percibía de interés cinco mil francos en asignados, que equivalían, al precio de cotización, á doce francos cincuenta céntimos en metálico. ¿Podía vivir con esto? Otro tanto les acontecía á los funcionarios con los sueldos, que se les pagaban también en papel. Un consejero del Tribunal de París, después de haber vivido varias semanas de mondaduras, acabó por morir de hambre. Muchedumbres de desarraigados fanáticos perseguían día y noche con sus quejidos á los directores, ministros y diputados, y recorrían á bandadas las calles de París. A los ayes de los renteros y empleados, se juntaban las maldiciones y amenazas de los clubs democráticos, que veían desaparecer aquel postrero vestigio de los días gloriosos del noventa y tres, aquel último recuerdo de la verdadera libertad, bajo cuyo reinado el verdadero pueblo había recibido su alimento del Estado y de las clases poseedoras. Acosados por la miseria y el hambre prorrumpían en atronadores aplausos cuando, en el Club del Panteón se azotaba el insolente egoísmo de los propietarios, que daban pan blanco á sus perros y se hacían arrastrar en soberbias carrozas doradas, mientras los héroes de la Bastilla morían de necesidad con sus mujeres y sus hijos y se perseguía á los patriotas septembristas. El Directorio tuvo que ceder, mandando el diez y seis de Febrero que se volviese á distribuir pan y carne á los habitantes de París, á excepción de los mayores contribuyentes y de los funcionarios de mayores sueldos; con lo que la economía de seis millones al mes, ideada por Ramel, se la llevó el diablo, y pudo invocarse una razón más para la nueva emisión de papel moneda. El clamor cesó. Pero Babœuf, en su periódico, y Dharte, en el Club, siguieron vomitando contra el gobierno todo género de injurias, llegando el primero á dedicar un artículo encomiástico á los septembrizadores y á lamentarse de que un nuevo dos de Septiembre no hubiese aniquilado á los que mataban de hambre al pueblo. Ta-

manos excesos movieron al Directorio á tomar una actitud enérgica. El primero que habló de la necesidad de poner término á la tolerancia que todo el mundo censuraba, parece que fué Carnot; Barras y Rewbell vacilaban, temiendo romper abiertamente con sus amigos *extraviados*. Resolvió el caso la intervención serena y firme del joven comandante del ejército del interior, el general Bonaparte, cuyo prestigio había ido creciendo sin cesar. Arrogante y rudo en sus modales, frío y moderado en la acción, sin hacer gran caso de las instrucciones que recibiera de los directores, se había mantenido con rara habilidad á la altura de su cargo, sosteniendo en París el orden y la seguridad. Henchido como siempre de grandes proyectos, acababa de convenir con el Directorio su viaje al ejército de Italia, y temiendo que una revuelta de la furiosa democracia comprometiese el porvenir de gloria que se le ofrecía en lontananza, echó su poderosa opinión en la balanza á favor de Carnot. En su virtud, el Directorio ordenó, el veintisiete de Febrero, cerrar cierto número de sociedades políticas, añadiendo al Club del Panteón, único que le interesaba, círculos inofensivos de la buena sociedad, envolviéndolos á todos, lo que era una extravagancia con respecto al Panteón, en la acusación de clubs realistas. Aquella misma tarde, Bonaparte procedió, á la cabeza de la fuerza armada, á cerrar los centros, sin que encontrase la menor resistencia. Al día siguiente, el Directorio presentó á los Consejos una severa ley contra las asociaciones peligrosas al Estado, y publicó, el primero de Marzo, un reglamento enérgico de policía, relativo á los extranjeros residentes en París. La ciudad quedó en profunda calma; los ánimos se tranquilizaron; al cabo, el gobierno empuñaba con mano firme las riendas del poder. El horizonte se despejaba por todas partes; en estos mismos días, se estaba concluyendo la guerra de la Vendée.

La cobardía del conde Artois retirándose de la isla Dieu, según vimos arriba, infirió una herida de muerte á la insurrección vendéana. Oyóse desde este instante á los campesinos maldecir de la guerra, que había quemado sus casas, devastado sus campos, matado á sus amigos y parientes, y declararse prontos á someterse, con tal de que se les dejase la vida, los bienes y su iglesia. No era raro que las columnas republicanas, al entrar en las aldeas, viesan á los habitantes acercárseles, saludándoles é implorar su protección contra la venganza de las facciones armadas. Estas disminuían á toda prisa; costábale trabajo á Charette mantener á su lado unos centenares de fieles, y su antiguo compañero Stoffet se felicitaba de haber cumplido fielmente la paz de La Jaunaye, conservando en el Anjou una posición de príncipe. Estaba visto que, con un poco de energía y astucia por parte de los republicanos, no se tardaría mucho tiempo en acabar con aquella fratricida guerra. Ambas cualidades reunía, por fortuna, el general que, desde el mes de Septiembre del noventa y cinco, se hallaba al frente de las tropas revolucionarias, Hoche, el primero sin duda de los generales de la República por sus talentos militares, por más que no eran las dotes del soldado lo primero que esta guerra demandaba, sino las de la diplomacia, y á saber:



tacto político, arte para calmar odios y rencores, habilidad para sembrar y desarrollar gérmenes de concordia, juntamente con energía viril, para reprimir sin contemplaciones cualquier intento de sublevación. Todas estas dotes desplegó ahora Hoche, el hijo del sargento, sin más instrucción que la que recibiera en los cuarteles y en los campos, sin otros principios políticos que los que Hebert y Ronsin le inculcaran, y con una administración que privaba al soldado de lo indispensable y al jefe de los primeros elementos para la victoria. ¡Cuántas veces hubo de aplazar operaciones importantes, por carecer de zapatos, de pan y de medios de transporte! Tampoco disponía de número suficiente de generales, oficiales y médicos, y los que tenía veíanse en la alternativa de robar ó morir de hambre. Su prudencia y templanza disgustaban por igual á los realistas desesperados y á los patriotas ávidos de vengarse, y unos y otros elevaban al Directorio contradictorias quejas, acusándole, ya de renovar las crueldades de Turreau, ya de andar en tratos con los reaccionarios y emigrados. Calumnias netas, por más que, impresionable, vehemente y arrebatado, perdiese de vez en cuando la serenidad de ánimo, la imparcialidad de juicio y la congruencia en la conducta, ladeándose, contra su querer, hacia la izquierda ó hacia la derecha. Entusiasta por la República, desinteresado y reflexivo, poseído de noble ambición de gloria, no comprendía que no participasen todos de sus ideas, y cualquier contradicción, cualquier divergencia de parecer, le impresionaba como una ofensa personal, como una traición á la santa causa de la libertad. No estaba contento. Sin embargo de mandar el más numeroso ejército de la República, disponer de poder casi ilimitado y caminar de triunfo en triunfo, se le veía triste, malhumorado, absorto en sombríos pensamientos, á causa del desacuerdo, sin duda, entre el generoso entusiasmo de su juventud y la política que se le imponía. Evidentemente, no era aquella guerra fratricida campo apropiado para su corazón de ángel y sus altos ideales. ¡Cómo no padecer al verse obligado á reprimir las terribles consecuencias de aquella democracia jacobina, cuyos principios profesaba con todo el fuego de su alma! Era su sinceridad excesiva, ó deficientes sus talentos políticos, para resolver la contradicción y devolver la paz á su espíritu conturbado. Corre muy acreditada la opinión de que, si Hoche hubiese vivido más tiempo, habría detenido la carrera política de Bonaparte. ¡Qué error! No hay sino leer la larga serie de sus cartas, para convencerse de cuán equivocado es este juicio. Ni por sus cualidades ni por sus defectos, habría sido nunca Hoche ni el emperador soldado, ni el restaurador de Francia.

Con su mirada de águila, desde el primer instante fijó el plan para la pacificación de la Vendée. En posesión, el mes de Noviembre del noventa y cinco, de una quinta parte del país, estableció primero una red de puestos atrincherados, bien abastecidos, al rededor del territorio enemigo, y luego los fué levantando poco á poco en lo interior, estrechando cada vez más el círculo de hierro. Recorrian los espacios entre los puestos columnas volantes, que no quemaban, ni robaban, ni mataban, como hicieran las de Turreau;

pero que se apoderaban de los ganados, diciendo á los campesinos: «Entregad las armas, y tendréis vuestros bueyes». Y, en efecto, no bien entregaban una cantidad regular de armas y municiones, se les devolvía escrupulosamente el ganado. Esta medida acobardó á los aldeanos. A las guarniciones y á las columnas dió orden Hoche de proteger la vida y los bienes de los campesinos, respetar el ejercicio del culto, tratar á los sacerdotes con benevolencia y prometer á los jóvenes la exención del servicio militar, con lo que mató toda idea de resistencia. Tolerancia, respeto y consideración para con los que depusieran las armas; actividad infatigable, persecución día y noche, rigor implacable para con los intransigentes: tal fué la sabia política de Hoche. Guiadas por los republicanos del país, vueltos de las ciudades á donde se habían refugiado, las columnas no se dejaban sorprender, como en otros días, y dispersaban á los insurrectos en todos los encuentros. El cogido con las armas en la mano era inmediatamente fusilado; fusilados igualmente el jefe, agitador ó emigrado, presos por las columnas; pero, si se sometían voluntariamente, no se les imponía más pena que la expulsión del país. Esta mezcla de energía y de generosidad restableció poco á poco la calma. Charette estaba perdido. De semana en semana se vió más estrechamente bloqueado. Varias veces intentó romper el círculo de hierro que se estrechaba sin cesar á su alrededor, y llevar la lucha á campo abierto; imposible, siempre sus partidas fueron rechazadas por las fuerzas superiores de las columnas republicanas, que ya se deslizaban entre su territorio y el ocupado por Stofflet, ya le cortaban la comunicación con el mar impidiéndole recibir socorros de los ingleses, y á toda hora, día y noche, le tenían en jaque. Como fiera perseguida por los cazadores, aguzaba Charette sus maravillosas facultades de guerrillero, corriendo bosques y pantanos con sus pequeños bandos, sin otra esperanza que la de retardar su pérdida. A medida que sus fuerzas disminuían, aumentaban las de su adversario. Como el ministro de la Guerra tratase en Diciembre de separar de los cuarenta mil hombres que componían el ejército de la Vendée siete mil, para enviarlos á Bretaña, Hoche expuso, en larga comunicación al Directorio, la conveniencia de un vasto sistema estrechamente combinado, con tal lucidez, que se le confirió, además del mando del ejército de la Vendée, el de los ejércitos de Bretaña y Normandía, pasando de cien mil hombres las fuerzas que entonces tuvo á sus órdenes. También se le investió de la facultad de poner en estado de sitio las ciudades de aquellas tres provincias, lo que ponía la quinta parte del territorio francés bajo su administración militar.

Todo cuerpo, cuando se acerca su fin, se descompone, y tratándose de un cuerpo militar, la descomposición se manifiesta por la discordia entre los jefes. En el ejército de Charette, reñían los oficiales del país con los señorones de la emigración, que habían venido de Inglaterra al lado del famoso general; en Bretaña, Cadoudal y los chuanos del Morbihan no obedecían á Puisaye, y hasta intentaron una noche arrestarle. A primeros de Diciembre, Stofflet y su consejero, el abate Bernier, entraron en negociaciones con Hoche



ofreciendo someterse si la República les dejaba, bajo la protección de sus leyes, á la cabeza de la administración y de las tropas del Anjou. Hoche aconsejó al Directorio aceptar este ofrecimiento, con la modificación de que Stofflet, pasando á ser funcionario de la República, quedaría á las órdenes de un comisario y de un general republicano. Stofflet no aceptó esta condición, y el veintiséis de Enero se lanzó á la guerra, con la esperanza de poder sostener aun á Charette y paralizar juntos los progresos del enemigo. Cara pagó su temeridad. Los destacamentos republicanos penetraron por todas partes, como torrente irresistible, en el territorio ocupado por el belicoso cabecilla; desbarataron en unos cuantos combates á los trescientos hombres que éste había logrado reunir, y luego corrieron sin descanso en persecución del jefe, que fué preso en veinticuatro de Febrero y fusilado después de sumario procedimiento. El astuto abate Bernier, que le había empujado á la ruina, supo ponerse en seguridad. También Charette tenía sus días contados. El dos de Enero fué destrozado, cerca de Montaigu, el último pequeño ejército que había logrado reunir, cinco mil hombres en suma, y desde entonces, la mayor parte de sus oficiales, desesperados, pidieron someterse. Charette siguió inquebrantable, dirigiendo sin cesar nuevos llamamientos al país. Hoche, que tenía por sistema conceder á los enemigos de la República la facultad de expatriarse, ofreció á Charette permitirle pasar á Inglaterra, con aquellos de los suyos que quisieran seguirle, y respetarle sus bienes. El feroz é intrépido guerrillero no aceptó. Sus oficiales le abandonaron; los sacerdotes refractarios predicaban la sumisión; nadie quería la guerra. Ciento sesenta hombres que le seguían con fidelidad heroica, fueron batidos el veintiuno de Febrero por Trabat, y todos cayeron muertos ó prisioneros. Todavía logró reunir el indomable cabecilla un puñado de voluntarios; mas el veintisiete, antes de que los hubiese completamente armado, Travot cayó sobre ellos y los aniquiló. «Os anuncio una nueva derrota de Charette, escribió Hoche al Directorio; seguramente será la última. Travot me comunica que el jefe insurrecto anda errante y disfrazado, para escapar á las pesquisas de nuestras patrullas». La guerra había concluido al Sur del Loira tan por completo, que Hoche pudo enviar, el mes de Febrero, un refuerzo de doce mil hombres al ejército de Bretaña, para apresurar el vencimiento de los chuanos. Pero el general victorioso, en vez de sonreír, sufría en estos instantes dolor é indignación muy vivos. No se había cesado de atacarle en el Directorio, ya por su dureza, ya por su blandura. Los unos le acusaban de haber hecho á poblaciones enteras responsables de las faltas de algunos individuos, con menosprecio de las autoridades civiles; los otros, de haber otorgado á los sacerdotes una tolerancia contraria á la ley. Se le pidieron de París explicaciones, y esto conmovió y sublevó todas las energías de su alma sincera y candorosa. Respondió con violentos ataques á una administración que dejaba á los soldados morir de hambre en un país tan rico, y en vez de usar de su autoridad para restablecer el orden, se apresuró á levantar el estado de sitio exclamando: «No permita Dios que, en la Repú-

blica, uno solo reine sobre sus conciudadanos». Su proyecto favorito desde Quiberon había sido bajar á Inglaterra, después de sometidos los realistas, para tomar venganza en los altivos insulares; mas hoy, en el estado de abatimiento en que se hallaba su espíritu, se olvidó de aquel proyecto y sólo pensó en apartarse cuanto antes de un teatro que tantas amarguras le había proporcionado, pidiendo al gobierno relevarle y trasladarle al ejército del Rin. Mientras que estos tristes pensamientos mortificaban al general, sus oficiales lograban apoderarse de Charette. El veinticuatro de Marzo, tres semanas después del último combate, la columna del general Valentin dió con su escondite, y ya no le perdió de vista, empujándole hacia las tropas del general Travot, donde fué alcanzado, acribillado de heridas y preso después de heroica resistencia. Se le llevó á Nantes, á la ciudad en la que un año antes entrara triunfalmente á caballo, y que ahora atravesó á pie entre guardias. Juzgado por un consejo de guerra, oyó sin emoción su sentencia de muerte. Fué cruel, pero fué un valiente. Caminando á la muerte, defendió públicamente á un general republicano, arrestado por haber huído delante de él: «No huyó, dijo Charette, fué vencido; porque yo tenía buenos soldados, y él, reclutas». No permitió que se le vendasen los ojos, y presentó el pecho á las balas el veintinueve de Marzo. Su muerte causó profunda impresión. Para la muchedumbre, con Charette moría la guerra de la Vendée. También acabó la chuanería. El jefe del Morhihan, Cadoudal se sometió, y á su ejemplo todos los cabecillas, que abandonaron el país. Desde entonces, en lugar de insurrectos, sólo hubo bandidos, cuya persecución correspondía á los gendarmes, no á los generales. Siempre el que anda por la senda derecha acaba por triunfar. Hoche, á pesar de las quejas de los partidarios fanáticos, era temido, amado, respetado en todo lo que había sido teatro de la guerra, y los realistas empezaban á mirar con buenos ojos á una República tan dignamente representada. El gobierno, encantado con los servicios que acababa de prestarle el invencible general, y como indemnización á la espinosa é ingrata tarea que con tanto acierto había sabido desempeñar, hizo declarar que el ejército del Océano y su jefe habían merecido bien de la patria.

Victorioso en todas partes y reducidos á la impotencia sus adversarios más peligrosos, volvió á pensar el Directorio en la manera de salvar sus apuros económicos, fijándose en la creación de un nuevo papel-moneda, á pesar de haberse destruido con tanta pompa las planchas de los asignados. A este efecto, el seis de Marzo anunció al Cuerpo Legislativo que sus recursos estaban agotados, añadiendo, con respecto á unos bienes por valor de ochocientos millones que se había puesto á su disposición, que no podía sacar provecho de ellos si no se le eximia de las formalidades legales para la venta y se le autorizaba á proporcionarse el pago en metálico, como quiera que fuese. La Comisión de Hacienda, después de haber celebrado varias conferencias con el Directorio, presentó el nueve de Marzo al Consejo de los Quinientos un proyecto, proponiendo: primero, recuperar del Di-